

«No veo más que una solución: desapasionaros, hacer una crítica, de forma lúcida y serena, de las actitudes maniqueas, en el fondo sectarias, que lo ven todo negro o todo blanco. Es una enfermedad que padecemos en España, donde todo toma finalmente el aire de una guerra de religión.»

A ningún lector español le sorprenderá esta cita. La leerá con melancolía, si es bien nacido, y por supuesto con asentimiento, con una dolorosa aceptación. «Así somos» —pensará—. Y muy probablemente pensará en la influencia árabe, en el carácter poco «europeo», poco «occidental» de España. Si se pregunta por el autor de la cita, la busca se orientará hacia los historiadores y críticos que en los últimos decenios, frente a la interpretación occidental de España, han subrayado enérgicamente su desgarramiento interno y conflictivo, su gravitación hacia otras formas de entender la vida que no son las de Grecia ni las de Europa.

Perdone el lector la pequeña trampa provisional que me he permitido. En la cita que encabeza este artículo he cambiado una palabra: donde he escrito «España», el autor ha escrito «Francia». Esas líneas han sido escritas por el P. Yves Congar, una de las mentes más claras de la Iglesia de Francia, en avanzada hace ya muchos decenios, y pertenecen a un denso artículo sobre los problemas que monseñor Lefebvre ha planteado en relación con el Concilio Vaticano II y la unidad de la Iglesia, aparecido en «La Vanguardia» el día 1 de septiembre.

¿Quién que lea esas palabras tal como las he copiado dudará un momento de su sentido, y de su sentido **exclusivo** para España? ¿Quién dejará de considerar como nuestras, específicamente nuestras, las actitudes maniqueas, el verlo todo en blanco y negro, el hacer de cualquier cosa «una guerra de religión»? Es muy probable que el lector español lance una mirada de deseo al otro lado de los Pirineos y suspire: en cambio en Francia...

Pues bien, es un francés excepcionalmente inteligente y medurado el que dice eso, precisamente de Francia. ¿De qué sirvió Charles Martel? Si los árabes fueron detenidos, ¿será que penetró su espíritu? ¿Dónde está la «dulce Francia», jovial y un poco escéptica? Es cierto que si Juana de Arco hubiese sido española, de preferencia castellana, hubiese sido el argumento soñado para esas interpretaciones españolas. Porque si hay algo irracional, poco carteriano, «personalista» y «a lo di-

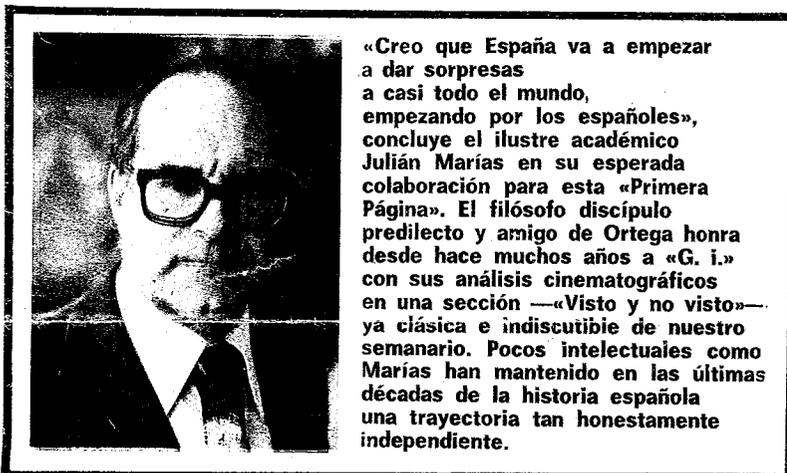
## LAS PLAÑIDERAS DE LA COMPARACION

vino», es la Doncella de Orleans, la *bonne Lorraine, qu'Anglois brûlèrent a Rouen*, a quien cantó François Villon. Y la verdad es que los franceses han roto sangrientamente su convivencia con mucha más frecuencia que los españoles, y es cierto que la religión ha sido tema de buena parte de esas discordias.

**P**ERO no es la comparación con Francia, ni con ningún otro país, lo que me interesa, sino precisamente lo contrario: la inoportunidad y esterilidad de lo que podríamos llamar el «espíritu comparatista». Creo que España va a renacer; creo algo más: que está renaciendo, a pesar de mu-

camente inversas. Ni sigue lo anterior —por mucho que lo digan lo que eso quisieran y sus opuestos por el vértice—, ni se invierten mecánicamente las cosas para lograr su vaciado, su imagen contrapuesta en un espejo. Está empezando a pasar algo distinto, y hay que imaginarlo; los que no quieren usar la imaginación, que esperen a verlo.

**P**ARA que verdaderamente pase, hay que eliminar algunos estorbos. Y uno de los más graves es el pesimismo inicial de los que consideran que no sé qué sino fatídico pesa sobre los españoles. Lo que es normal en Europa, en casi todo el mundo occiden-



«Creo que España va a empezar a dar sorpresas a casi todo el mundo, empezando por los españoles», concluye el ilustre académico Julián Marías en su esperada colaboración para esta «Primera Página». El filósofo discípulo predilecto y amigo de Ortega honra desde hace muchos años a «G. i.» con sus análisis cinematográficos en una sección —«Visto y no visto»— ya clásica e indiscutible de nuestro semanario. Pocos intelectuales como Marías han mantenido en las últimas décadas de la historia española una trayectoria tan honestamente independiente.

chos. Desde hace un poco menos de un año, se está desesperando y desentumeciendo en aquellas dimensiones en que había estado paralizada. (Y no se olvide que había tenido algunos miembros atados, pero otros muy sueltos y vivos, lo cual ha permitido una enorme transformación de España en cuarenta años, que muchos no ven porque no se habla de ella.) Creo que España va a empezar a dar sorpresas a casi todo el mundo, empezando por los españoles. Se va a encontrar que, siendo la misma, no se parece demasiado a la de 1936 o 1939. Ya está ocurriendo que no pasa casi nada de lo que se había venido anunciando durante decenios. Recuérdese lo que unos temían y otros se prometían para cuando terminase —si terminaba alguna vez— el régimen anterior. Pues bien, ya ha terminado, y no ha pasado **nada** de lo que se temía o esperaba, sino otras cosas.

Y, en el detalle reciente, el país ha ido reaccionando de manera nueva, inesperada, a cada uno de los episodios que han ido ocurriendo, lo cual hace parecer tan «desfasados» a los representantes más notables de aquellos temores y de las esperanzas automáti-

tal, se supone que no es posible aquí. Este pesimismo inicial afecta a muchos de los mejores, de aquellos españoles en los que se puede confiar y con los cuales hay que contar en primer lugar. (Y digo «en primer lugar», porque creo que hay que contar con todos.)

Adviértase que no me parece mal el pesimismo, que muchas veces es inevitable; lo que me molesta es el adjetivo: inicial. No se puede empezar por saber «ya» que las cosas van a salir mal, que van a acabar mal. Están empezando: vamos a verlo. Y habría que preguntar a esos pesimistas: ¿cómo lo saben? Probablemente tenderán una mano vencida, entristecida, a la historia de España (previamente interpretada de una manera tan simplificadora, que comienza a irritarme). «¿Qué quiere usted que hagamos, si somos españoles?», vienen a decir.

Por esto he querido citar las palabras del P. Congar. El cual dice de sus compatriotas lo que tantos españoles dicen de sí mismos. Y es que, unas veces por provincianismo, otras por pereza y otras, finalmente, por malhumor, los

hombres propenden a atribuir a su país lo que pertenece —o no pertenece— a la condición humana. Y al cabo de unos cuantos ejercicios se convierten en plañideras comparatistas o históricas.

Sería interesante y doloroso hacer la cuenta de los esfuerzos que se han malogrado a causa de esta actitud. Yo propondría a algún historiador sagaz hacer las cuentas de España, no porque crea que son únicas, sino porque son las que afectan a nuestra economía vital y porque nadie sería capaz de hacer las universales.

**Y** todavía mejor, olvidar las cuentas, pensar que hemos llegado hasta aquí, hemos sobrevivido, llenos de vitalidad y de posibilidades. Cada uno de nosotros, cada una de nuestras regiones, España entera (y no olvidemos el conjunto, no tan lamentable como se dice, del mundo hispánico, rodeado de un inmenso coro de plañideras, muchas de ellas a sueldo).

Hágase una consideración elemental: si fuera verdad todo lo negro que se ha dicho y se sigue diciendo de España y de sus regiones en particular, ¿sería posible que estuviéramos donde y como estamos, vivos, relativamente prósperos, con unas condiciones de vida no tan diferentes de las de otros pueblos, con algunos atractivos particulares, y, sobre todo, con un horizonte cuyos límites no se descubre todavía, a no ser las murallas que vamos construyendo con la imaginación negativa?

La energía que invertimos en lamentarnos y en «comparar», empleémosla en **hacer**, cada uno lo suyo. Cuando sintamos la tentación de la plañidera, cuando nos invada el afán comparatista, pongámonos a hacer alguna de las cosas que España necesita: labrar un campo, construir una casa, hacer un traje o unos zapatos, fabricar un abrelatas capaz de abrir las latas o, si es posible, un Viking III, dar una clase competente, hacer una buena película, fundar un partido político inteligente y de este siglo.

O bien, si la comezón comparatista es demasiado fuerte, si nos resulta insuperable, limpiémonos los ojos con el pañuelo y, cuando nuestra mirada esté clara, compáremos de verdad, sin inventar uno y otro término, veamos cómo son realmente las cosas en España y fuera de ella, y cómo pueden ser. Y en la cita con que empieza este artículo, tachemos la palabra «España», porque el P. Yves Congar no la ha escrito.

**Julián Marías**  
de la Real Academia Española